

tenia ante mis ojos un desierto, pero un desierto alegre y soberbio, un desierto divino. No he visto nada más bello en todas mis excursiones por las cercanías del Rhin. No sé cómo se llama este sitio. Alrededor de mí, hasta perderse de vista, solo había montañas, praderas, aguas vivas, vagos verdores, blandas brumas, luces húmedas que cambiaban de color como ojos entreabiertos, vivos reflejos de oro perdidos en el azul del firmamento, mágicos bosques parecidos á espesuras de plumas verdes, horizontes cargados de sombras y de claridades. Era uno de esos lugares en donde se cree ver que ostenta sus galas ese pavo real magnífico que se llama la naturaleza.

Detrás de la colina donde estaba sentado en lo alto de un montecillo cubierto de pinos, castaños y arces, apercibí una sombría ruina, colosal monton de basalto oscuro. Se hubiese dicho que era una pila de lava amasada por algún gigante en forma de ciudadela. ¿Qué era aquel castillo? No podría decirlo, porque no sabía dónde estaba.

Examinar un castillo de cerca, tú sabes que es mi manía. Al cabo de un cuarto de hora me encontraba en la ruina.

Un anticuario que hace el retrato de su ruina, como un amante que hace el retrato de su querida, se regala á sí mismo, pero corre el riesgo de cansar á los demás. Para los indiferentes que escuchan al enamorado, todas las mujeres bellas se parecen y todas las ruinas también. No aseguro, amigo mío, que en adelante me abstendré de hacerte otra descripción de edificios. Sé que eres apasionado por la historia y el arte, y sé que perteneces al público inteligente y no al público grosero. Así, pues, esta vez volveré á hacer el retrato minucioso que te hice cuando el Raton. Imagínate muchas malezas, muchos cielos rasos destripados, muchas ventanas desfondadas, y encima de todo esto cuatro ó cinco grandes y diabólicas torres, negras, despanzurradas y formidables.

Yo iba y venia por entre estos escombros, buscando, huroneando, interrogando; revolvia las piedras rotas con la esperanza de encontrar alguna inscripción que me señalara un hecho ó alguna escultura que me revelase una época, cuando un vano, que había sido en otro tiempo una puerta, me abrió paso á una bóveda, en la que penetraba por una grieta un brillante rayo de sol. Entré en ella y me encontré en una especie de

habitacion baja iluminada por algunas troneras, cuya forma y corte indicaban que habían servido para el juego de las catapultas, de los falconetes (1) y de los escorpiones (2).

Me asomé por una de las troneras, separando las apiñadas ramas de flores que la cierran hoy. El paisaje que se descubre desde esta ventana no es alegre. Hay allí un valle estrecho y oscuro, ó mejor dicho, un rompimiento de la montaña, en otro tiempo atravesado por un puente, del que no queda más que el arco de apoyo. Por un lado un desmoronamiento de tierras y de rocas y por el otro un agua ennegrecida por el fondo de basalto, se precipitan y se quiebran en el barranco. Arboles enfermizos y malsanos sombrean pequeñas praderas tapizadas de un césped tupido como el de un cementerio. Ignoro si era una ilusión ó el juego de la sombra y el viento, pero creí ver en diferentes sitios sobre las altas yerbas grandes círculos blandamente trazados, como si misteriosas rondas nocturnas los hubiesen aplomado aquí y allá. Este barranco no es solo solitario, es lúgubre. Diríase que, como asiste en ciertos momentos á espectáculos horribles y vé hacer en las tinieblas cosas malas y sobrenaturales, guarda hasta en pleno día y hasta en pleno sol cierta tristeza mezclada de horror. En este valle, más que en otro lugar alguno, se siente distintamente cómo pasan las sombras y frías horas de la noche; parece que depositan en él sobre el olor de las yerbas, sobre el color de la tierra y sobre la forma de las rocas, lo que ellas tienen de vago, de siniestro y de desconsolador.

Al ir á salir de la habitacion baja, el ángulo de una piedra tumular que salía de debajo los escombros hirió mis ojos. Me bajé en seguida. Juzga lo diligente que estaria, cuando iba quizá á encontrar la explicacion que buscaba, la respuesta que preguntaba á esta misteriosa ruina, el nombre del castillo. Con los piés y las manos separé los escombros, y en pocos instantes puse en descubierto una preciosa lápida sepulcral del siglo catorce, en piedra arenisca de Heilbron. Sobre esta lápida yacía, esculpido casi en alto-relieve, un caballero armado de todas armas, pero al que le faltaba la cabeza. Bajo los piés de este hombre de piedra había grabado en mayúsculas ro-

(1) Falconete, pieza de artillería antigua, especie de cañon de mano.



(2) Escorpion, máquina de guerra de los antiguos. (N. del T.)

manas este dístico medio borrado, todavía legible y por lo tanto fácil de descifrar:

VOX TACVIT. PERIIT LVX. NOX RVIT ET RVIT VMBRA.
VIR CARET IN TVMBA QVO CARET EFFIGIES.

Estaba poco menos tan enterado como antes. Este castillo era un enigma; había buscado la palabra y acababa de hallarla. La palabra de este enigma era una inscripción sin fecha, un epitafio sin nombre, un hombre sin cabeza. Conventrás, pues, en que la respuesta era sombría y la explicacion tenebrosa.

¿De qué personaje hablaba este dístico, lúgubre por el fondo y bárbaro por la forma? Si hay que dar crédito al segundo verso grabado en esta piedra sepulcral, el esqueleto que estaba debajo se hallaba sin cabeza, como la efigie que se encontraba encima. ¿Qué significaban esas tres X, destacadas, por decirlo así, del resto de la inscripción por el tamaño de las mayúsculas? Mirando con más atencion y limpiando la lápida con un puñado de yerbas, encontré en la estatua grabados extraños. Tres cifras estaban trazadas en tres sitios diferentes: á

la mano derecha esta : á la mano izquierda esta ; y esta otra en lugar de la cabeza:



y las tres no eran más que combinaciones variadas del mismo monograma. Cada una de las tres está compuesta de tres X, que el grabador del epitafio hizo resaltar en la inscripción. Si esta tumba hubiese estado en Bretaña, estas tres X hubiesen podido hacer alusion al combate de los Treinta; si hubiese estado fechada en el siglo diez y siete, estas tres X hubiesen podido indicar la guerra de los treinta años; pero en Alemania, y en el siglo catorce, ¿qué significacion podían tener? Y además, ¿era el azar el que, para condensar la oscuridad, había empleado en la formacion de esa cifra fúnebre solo el elemento de la letra X, que cierra la entrada de todos los problemas y que designa lo Desconocido?

Confieso que no pude despejar esta sombra.

Por otra parte, yo me acordaba que esta manera de velar, por medio de signos, la tumba y la memoria del hombre decapitado, es propio de todas las épocas y de todos los pueblos. En Venecia, en la galería ducal del Gran Consejo, un marco negro reemplaza el retrato del quincuagésimo-séptimo Dux, y por debajo la taciturna República escribió este *memento* siniestro:

LOCVS MARINI FALIERI DECAPITATI.

En Egipto, cuando el viajero fatigado llega á Biban-el-Molouk, encuentra en las arenas, entre los palacios y templos derruidos, un sepulcro misterioso, que es el sepulcro de Rhamses V, y sobre este sepulcro vé esta leyenda:



y este geroglífico, que refiere la historia al desierto, significa: *que está sin cabeza.*

Pero en Egipto, como en Venecia, en el palacio ducal como en Biban-el-Molouk, se sabe dónde se está, se sabe lo que ha sido de Marino Faliero ó de Rhamses V. Aquí yo lo ignoro todo, lo mismo el nombre del lugar que el nombre del hombre. Mi curiosidad se había despertado en el más alto grado. Declaro que esta ruina, tan perfectamente muda, me mareaba y casi me confundía. No reconozco en una ruina, ni hasta en una tumba, el derecho de callarse hasta ese extremo.

Iba á salir de la habitacion baja, encantado de haber encontrado este curioso monumento, pero contrariado por no haber adquirido noticias de él, cuando un ruido de voces sonoras, claras y alegres llegó hasta mí. Era un vivo y rápido diálogo, del que no distinguí en medio de las risas y de los gritos alegres más que estas palabras: *Fall of the mountain... Subterranean passage... Very ogly footpath.* Un momento despues, al tiempo de levantarme de la tumba donde estaba sentado, tres esbeltas jóvenes, vestidas de blanco, tres cabezas rubias y rosadas de fresca sonrisa y ojos azules, entraron súbitamente debajo de la bóveda, y al apercibirme se detuvieron, sin decir más, en el rayo de sol que iluminaba el umbral de la puerta. Nada más mágico ni más encantador para un soñador sentado sobre un sepulcro en una ruina, que esta aparicion en esta luz. Un poeta, de seguro, hubiese tenido el derecho de ver ángeles y aureolas. Confieso que yo no ví más que inglesas.

Hasta confieso con vergüenza que se me ocurrió en el acto la vulgar y prosaica idea de aprovechar el encuentro de estos ángeles para saber el nombre del castillo. Hé aquí cómo yo razonaba, y esto muy rápidamente: Estas inglesas— porque son evidentemente inglesas, supuesto que hablan inglés y son rubias,— estas inglesas, según todas las apariencias, son viajeras que vienen de alguna estación de recreo de las cercanías de Bingen ó de Rudesheim. Claro es que han hecho de esta ruina un objeto de excursión y saben necesariamente el nombre del lugar que han elegido para objeto de paseo.

Una vez se me fijó esta idea en el pensamiento, no había más que entablar la conversación, y tengo que volver á confesar que recurrí al medio más desdichado que se puede emplear en semejantes casos. Abrí mi cartera para ponerme en carácter, llamé en mi auxilio el poco inglés que creo saber, y me puse á mirar por la tronera el barranco, murmurando, como si hablase conmigo mismo, no sé qué epifonemas admirativos y ridículos: *¡Beautiful view!*

—*Very fine, veri pretty waterfall!* etc.

Las jóvenes, en un principio intimidadas y sorprendidas por mi encuentro, se pusieron á cuchichear por lo bajo con una ligera risa ahogada. Estaban así encantadoras, pero es evidente que se burlaban de mí. Entonces cobré ánimo, resolvíirme derecho al bulto, y, aunque pronuncie el inglés como un irlandés y la *th*, en particular, sea para mí un escollo formidable, di un paso hácia el grupo, siempre inmóvil, y dirigiéndome con el aire más gracioso á la mayor de las tres: *Miss*, la dije, corrigiendo el laconismo de la frase por la exageración del saludo, *¿what is, if you please, te name of this castle?* La hermosa niña sonrió; como merecía una carcajada, y me la esperaba, me encantó esta clemencia; después miró ella á sus dos compañeras y me contestó ruborizándose ligeramente y en el mejor francés del mundo:

—Caballero, parece que este castillo se llama Falkenburg. Por lo menos esto es lo que ha dicho un cabrero que es francés y que está hablando con nuestro padre en la torre grande. Si queréis ir por ese lado los encontrareis.

Estas inglesas eran francesas.

Estas palabras tan claras y dichas sin el menor acento bastaban para demostrármelo; pero la hermosa niña se tomó la molestia de añadir:

—No tenemos necesidad de hablar inglés, caballero, pues nosotras somos francesas y vos sois francés.

—Pero, señorita, repliqué, ¿en qué habéis conocido que yo era francés?

—En vuestro inglés, dijo la más joven.

Su hermana mayor la miró con aire casi severo, si alguna vez la belleza, la gracia, la adolescencia, la inocencia y la alegría pueden tener el aire severo. Yo mismo me eché á reír.

—Pero, señoritas, ahora mismo hablábais en inglés.

—Para entretenernos, dijo la más joven.

—Para ejercitarnos, replicó la mayor.

Esta rectificación imponente y casi maternal fué perdida para la joven, que corrió alegremente á la tumba, levantando su vestido á causa de las piedras y dejando ver el más precioso y diminuto pié del mundo.

—Oh! exclamó, venid á ver esto; ¡una estatua por tierra! calle! Pues no tiene cabeza. Es un hombre.

—Es un caballero, dijo la mayor, que se había acercado.

Todavía había en esta palabra una sombra de reproche, y el sonido de voz con que fué pronunciada significaba: *Hermana mia, una joven no debe decir ese es un hombre, pero puede decir ese es un caballero.*

En general esto afecta en parte á la historia de las mujeres. Todas son lo mismo. Rechazan las cosas, pero desde el momento que las cosas se adornan con palabras las aceptan. La cuestión está en elegir la palabra. Se indignan de la palabra seca, se espantan de la palabra propia, toleran la palabra encubierta, acogen la palabra elegante, sonrien á la perífrasis. Saben muy tarde— demasiado tarde con frecuencia— todo lo que hay de realidad en ese poco más ó menos. La mayor parte de las mujeres resbalan, y muchas caen en la pendiente peligrosa de las traducciones suavizadas.

Por lo demás, este simple matiz, *ese es un hombre, ese es un caballero*, fijaba el estado de aquellos dos jóvenes corazones. El uno dormía aun profundamente; el otro estaba despierto. La mayor de las dos hermanas era ya una mujer; la menor era todavía una niña. Sin embargo, no se diferenciaban apenas dos años. La segunda era tan solo una joven. Desde su entrada en la bóveda se había ruborizado mucho, había sonreído un poco y no había dicho una palabra.

Entre tanto, las tres se habían inclinado hácia la tumba, y la reverberación fantástica del rayo de sol dibujaba sus graciosos perfiles sobre el espectro de granito. Poco antes me preguntaba el nombre del fantasma; ahora me preguntaba el nombre de las jóvenes, y no sabría decir lo que experimentaba al ver mezclarse así esos dos misterios, el uno lleno de terror, el otro lleno de encanto.

A fuerza de escuchar su dulce cuchicheo cogí al paso uno de sus tres nombres, el nombre de la segunda. Era la más hermosa. Una verdadera princesa de los cuentos de hadas. Sus largas pestañas rubias ocultaban su pupila azul, pero no impedían que la pura luz penetrase por entre ellas. Estaba colocada entre su hermana menor y su hermana mayor, como el pudor entre la sencillez y la gracia, coloreada dulcemente por el vago reflejo de ambas. Me miró dos veces y no me habló. Fué la única de las tres á quien no oí el sonido de su voz, pero fué también la única de la que supe el nombre. Hubo un instante en que su hermana pequeña le dijo muy bajo: *Mira aquí, Stella*. Jamás comprendí mejor que en aquel instante todo lo que hay de límpido, de luminoso y de encantador en ese nombre de estrella.

La más joven hacia sus reflexiones en voz alta.

—Pobre hombre!—la lección fué perdida.—Se le cortó la cabeza. ¡Aquellos tiempos eran como éste, en que se corta la cabeza á los hombres!

De pronto se interrumpió:

—Ah! aquí está el epitafio: está en latín. *Vox tacuit perit lux...* Es difícil leer esto. Quisiera saber lo que quiere decir.

—Señoritas, dijo la mayor, vamos á buscar á mi padre y nos lo explicará.

Y se lanzaron fuera de la cripta como tres ciervas.

Ni por asomo habían soñado en dirigirse á mí; yo estaba un poco humillado de que mi inglés les hubiese dado tan mala idea de mi latín.

En otro tiempo se hizo en esta tumba una recomposición que había dejado al lado del epitafio una mancha de yeso extendida por la llana. Tomé un lápiz y sobre esta página blanca escribí esta traducción del dístico:

De noche la voz no zumba.
Con sombras la luz no esmalta.
Lo que á la estatua le falta,
Le falta al hombre en su tumba.

Dos minutos hacia apenas que las jóvenes habían partido, cuando las oí gri-

tar: *Por aquí, padre, por aquí*. Volvian. Escribí apresuradamente el último verso, y antes de que volvieran á reaparecer me esquivé.

¿Encontraron la explicación que les dejé? Lo ignoro; yo me hundí en las revueltas de la ruina y ya no las volví á ver más.

Tampoco supe nada del misterioso caballero decapitado. Triste destino! ¿Qué crimen había cometido ese miserable? Los hombres le habían dado la muerte, la Providencia había añadido el olvido. Tinieblas sobre tinieblas. Su cabeza había sido cercenada de la estatua, su nombre de la leyenda, su historia de la memoria de los hombres. Su misma piedra sepulcral vá sin duda á desaparecer muy pronto. Algun viñador de Sonneck ó de Ruppertsberg la cogerá un día cualquiera, esparcirá con el pié el esqueleto mutilado que ella cubre quizá todavía, cortará en dos pedazos esta tumba y hará con ellos las jambas y dintel de una puerta de taberna. Y los campesinos se acercarán á la mesa, y las viejas hilarán y los niños reirán alrededor de la estatua sin nombre, decapitada en otro tiempo por el verdugo y serrada hoy por un albañil. Porque en nuestros días, en Alemania como en Francia, se utilizan las ruinas. Con los viejos palacios se hacen las nuevas cabañas.

Ay! Las viejas leyes y las viejas sociedades sufren poco más ó menos la misma transformación.

Miremos, estudiemos, meditemos y no nos quejemos. Dios sabe lo que hace.

Tan solo me pregunto alguna vez: ¿Por qué es preciso que el "sirviente," no se contente con estar *de pié* y tenga siempre el deseo de vengarse del emperador enterrado?

Pero, amigo mío, me separo mucho del Falkenburg, y vuelvo á él.

Para mí era un acontecimiento encontrarme en ese nido de leyendas y poder decir cosas precisas de esas viejas torres, que se mantienen todavía tan altivas y tan derechas, aunque muertas, y dejando escapar sus entrañas en la yerba. Me hallaba, pues, en esa mansión famosa, de la que te contaré quizás las aventuras, si tú no las sabes.

Guntram y Liba sobre todo se me presentaban en la imaginación. Aquí en este puente es donde Guntram volvió á encontrar los dos hombres que llevaban un ataúd. En esta escalera se arrojó Liba en sus brazos y le dijo riendo: "Un ataúd? no; es el lecho nupcial lo que tú habrás

visto. Cerca de esta chimenea, incrustada todavía en la pared sin piso y sin cielo raso, es donde estaba la armadura de la cama que se acababa de traer y que ella le mostró. En este patio, hoy lleno de cicutas en flor, es donde Guntram, conduciendo su prometida al altar, vió marchar delante de él, visibles para él solamente, un caballero vestido de negro y una mujer velada. En esta capilla romana derruida, donde los lagartos vivos se pasean por encima de los lagartos esculpados, es donde, en el momento de pasar el anillo bendecido al precioso dedo rosado de su desposada, sintió de repente una mano fría en la suya—la mano de la doncella del castillo del bosque, que se peinaba por la noche cantando cerca de una tumba abierta y vacía.—En esta sala baja es donde él espiró y Liba murió al verle morir.

Las ruinas hacen vivir los cuentos, y los cuentos devuelven su vida á las ruinas.

Pasé muchas horas en los escombros, sentado debajo de impenetrables malezas y dejando llegar las ideas que me inspiraban. *Spiritus loci*. Mi próxima carta tal vez te las llevará.

Mientras tanto el hambre también me llegó, y á cosa de las tres, gracias al cabrero francés de que me habían hablado las bellas viajeras y que felizmente había encontrado, pude arribar á un pueblo situado á la orilla del Rhin, que es, según creo, Trecktlingshausen, el antiguo Trajani Castrum.

Por toda posada solo había allí una taberna de cerveza y por toda comida una pierna de carnero muy dura, que un estudiante, que fumaba su pipa á la puerta, trató de disuadirme de que la comiese, diciéndome que un inglés hambriento, llegado una hora antes que yo, no había podido hincarle el diente y se había exasperado con ese motivo. Yo no respondí con altivez, como el mariscal Crequi delante de la fortaleza genovesa de Gavi: *Lo que Barbaroja no ha podido tomar, Barbagrís lo tomará*; pero comí la pierna de carnero.

Me volví á poner en marcha cuando el sol declinaba.

El paisaje era maravilloso y severo. Detrás de mí había dejado la capilla gótica de San Clemente. A mi izquierda tenía la ribera derecha del Rhin cargada de viñas y de pizarras. Los últimos rayos del sol enrojecían á lo lejos las famosas laderas de Assmannshausen, al pie de las cuales, vapores, humaredas

quizás, me revelaban á Aulhausen, el pueblo de los alfareros. Por encima del camino que seguía, por encima de mi cabeza, se alzaban escalonados de montaña en montaña tres castillos: el Reichenstein y el Rheinstein, demolidos por Rodolfo de Habsburgo y reedificados por el conde palatino, y el Vaugtsberg, habitado en 1348 por Kuno de Falkenstein y restaurado hoy por el príncipe Federico de Prusia.

El Vaugtsberg desempeñó un gran papel en las guerras del derecho manual. El arzobispo de Maguncia lo empuñó en una ocasión al emperador de Alemania por cuarenta mil libras tornesas. Esto me recuerda que, cuando Tibaldo, conde de Champaña, no supo cómo saldar la cuenta que tenía con la reina de Chipre, vendió á su muy querido señor Luis rey de Francia el condado de Chartres, el condado de Blois, el condado de Sancerre y el vizcondado de Chateaudun, todo junto por la suma de cuarenta mil libras. Hoy cuarenta mil libras es el precio que un ujier retirado paga por su casa de campo en Bagatelle ó en Pantin.

Entre tanto yo apenas fijaba la atención en este paisaje y en estos recuerdos. Desde que el día comenzó á declinar, no tuve más que un pensamiento. Sabía que antes de llegar á Bingen, un poco más acá del confluente del Nahe, encontraría un extraño edificio, una lúgubre casucha en pie en los cañaverales que crecen en medio del río entre dos altas montañas. Esta casucha era el Maüsethurm.

En mi infancia tenía encima de mi cama un cuadro guarnecido de un marco negro que una criada alemana había fijado en la pared. Representaba una vieja torre aislada, enmohecida, arruinada, rodeada de aguas profundas y negras que la cubrían de vapores y de montañas que la cubrían de sombra. El cielo de esta torre era pesado y estaba lleno de nubes horribles. Por la noche, después de haber rezado mis oraciones y antes de dormirme, miraba siempre este cuadro y le volvía á ver en mis sueños, y le volvía á ver terrible. La torre tomaba grandes proporciones, el agua borbotaba, un relámpago caía de las nubes, el viento silbaba en las montañas y á veces parecía exhalar clamores. Un día pregunté á la criada cómo se llamaba aquella torre, y me contestó, haciendo la señal de la cruz:—El Maüsethurm.

Y luego me contó una historia. En

otro tiempo en Maguncia, en su país, hubo un execrable arzobispo llamado Hatto, que había sido abad de Fuld, sacerdote avaro, decía ella, que *abrió mejor la mano para bendecir que para dar*. En un año de carestía compró todo el trigo para revenderle más caro al pueblo, pues este sacerdote quería ser rico. El hambre llegó á ser tan grande, que los aldeanos morían de necesidad en los pueblos del Rhin. Entonces el pueblo se reunió cerca de Maguncia, llorando y pidiendo pan. El arzobispo lo negó. Aquí la historia adquiere un carácter horrible. El pueblo, hambriento, no se dispersaba y rodeaba el palacio del arzobispo doliéndose.

Hatto, enojado, hizo cercar á estas pobres gentes por sus arqueros, que se apoderaron de los hombres y de las mujeres, de los viejos y de los niños, y encerraron á esta multitud en un granero, al cual prendieron fuego. Este fué, añadía la buena mujer, un espectáculo que hacía llorar á las piedras. A Hatto le hizo reír, y como los pobres, espirando en las llamas, lanzasen gritos lastimeros, se atrevió á decir: *Ois silbar los ratones?* Al día siguiente el granero fatal estaba convertido en cenizas; no había ya pueblo en Maguncia: la ciudad parecía muerta y desierta, cuando de repente una multitud de ratas, pululando en el granero incendiado como los gusanos en las úlceras de Asuero, saliendo de debajo tierra, surgiendo de entre las piedras, apareciendo por las grietas de las paredes, renaciendo bajo el pie que las aplastaba, multiplicándose en el suelo y á los golpes de las mazas, inundaron las calles, la ciudadela, el palacio, las cuevas, las habitaciones y las alcobas. Era un azote, era una plaga, era un hormiguero horrible. Hatto, desatinado, salió de Maguncia y huyó á la llanura; las ratas le siguieron: corrió á encerrarse en Bingen, que tenía altas murallas; las ratas pasaron por encima de las murallas y entraron en Bingen. Entonces el arzobispo hizo construir una torre en medio del Rhin y se refugió en ella con la ayuda de una barca, alrededor de la cual diez arqueros agitaban el agua; las ratas se echaron á nado, atravesaron el Rhin, treparon por la torre, royeron las puertas, el techo, las ventanas, los pisos y los cielos rasos, y cuando llegaron á los cuartos subterráneos, donde se había ocultado el miserable arzobispo, lo devoraron vivo.

Ahora la maldición del cielo y el hor-

ror de los hombres pesan sobre esa torre que se llama el Maüsethurm. Está desierta; cae arruinada en medio del río, y alguna vez por la noche se vé salir un extraño vapor rojizo, que se parece á la humareda de un horno grande: es el alma de Hatto que vuelve á aparecer.

Has notado una particularidad? La historia es en ocasiones inmoral; los cuentos son siempre honrados, morales y virtuosos. En la historia regularmente el más fuerte prospera, los tiranos logran su objeto, los verdugos viven bien, los monstruos engordan, los Sila se transforman en buenos ciudadanos y los Luis XI y los Cromwell mueren en su lecho. En los cuentos el infierno está siempre visible. No hay falta que no tenga su castigo, algunas veces hasta exagerado; no hay crimen que no lleve consigo su suplicio, con frecuencia espantoso; no hay ningun perverso que no se convierta en un desgraciado, del que hay que condolerse algunas veces. Esto consiste en que la historia se mueve en lo infinito y el cuento en lo finito. El hombre, que hace el cuento, no se siente con el derecho de exponer los hechos y dejar suponer las consecuencias; porque vá á tientas por la sombra, no está seguro de nada, tiene necesidad de limitarlo todo por una enseñanza, un consejo y una lección, y no se atrevería á inventar acontecimientos sin conclusion inmediata. Dios, que hace la historia, muestra lo que quiere y sabe lo demás.

Maüsethurm es una palabra cómoda. Se vé en ella lo que se desea ver. Hay espíritus que se creen positivos y que no son más que áridos; que arrojan la poesía de todo y que están siempre dispuestos á decirle como aquel otro hombre positivo al ruiseñor: *¡Quieres callarte, estúpido animal!* Estos espíritus afirman que Maüsethurm viene de *maus* ó *mauth*, que significa *peaje*. Declaran que en el siglo diez, antes que el lecho del río fuese ensanchado, el paso del Rhin solo estaba abierto por el lado izquierdo, y que la ciudad de Bingen había establecido en medio de esta torre su derecho de pasaje en los buques. Apoyan esta opinión en que hay todavía cerca de Estrasburgo dos torres parecidas consagradas á una percepción de impuesto á los transeuntes, las cuales se llaman igualmente Maüsethurm. Para estos graves pensadores, inaccesibles á las fábulas, la torre maldita es un arbitrio municipal y Hatto el inspector de un fielato.

Para las gentes crédulas, entre las cua-